

ND8 (marzo-abril 1969) fue un número especial dedicado a la ciencia ficción en español. Un experimento arriesgado, pero que fue todo un éxito a tenor de los comentarios recibidos en la sección de correo. En el editorial ofrecieron algunas cifras, como que la narrativa de origen español no había alcanzado el 20% en ningún número.

El volumen reunió una veintena de cuentos procedentes de España y Latinoamérica. «Un aire antiguo» de José Luis Garci, era un texto breve en el que un alienígena vigilaba la Tierra en previsión de una nueva catástrofe que le obligara a guiar de nuevo los pasos de la humanidad. «Los andamios», de Francisco García Pavón, era mucho más literario y simbólico; en él se describía la irrupción de diversos elementos fantásticos que alteraban el orden establecido –la aparición de andamios en las fachadas de todos los edificios de la ciudad, el colapso de las carreteras– y cómo estos hechos se iban normalizando, hasta la repetición de este ciclo artificial. «El veraneante», del chileno Hugo Correa, mostraba algunos seres humanos que se negaban a salir de sus casas y manejaban en remoto a sosías mecánicas con el fin de mantener relaciones sociales.

En «Un mundo insólito», de José Luis Álvarez, el narrador semejaba ser un alienígena cuando, en realidad, era una célula de un cuerpo humano atacado por el cáncer; un relato muy original, cuya perspectiva cambia a medida que avanza la historia. En «Fausto vegetal», del venezolano Manuel Cobo, un materializador de deseos insufla vida a una vaina de maíz. En la irónica «Los bolicotes», del argentino Pedro Juan Edmunds, una plaga de gusanos marcianos se extiende exponencialmente hasta invadir la Tierra. «El seguro de muerte», de José Ángel Crespo, mostraba una extraña invasión en la que los alienígenas prolongaban la vida de los humanos casi indefinidamente para esclavizarlos, hasta que alguien descubre una forma de morir y la patenta.

«Sube, sube la savia», de Luis Vigil, describía un futuro pre-apocalíptico en el que acontecía una Guerra de Razas y una dura pugna por las materias primas. En «Ira quedó en Bantam», del argentino Elvio E. Gandolfo, un alienígena toma el control de un humano y, con el tiempo, ya no desea regresar a su mundo. «Complejo de culpa», de Carlos María Federici, era un chiste en el que un extraterrestre loco cree que los marcianos han invadido la Tierra. En «El eje del diablo», del cubano Ángel Arango, un robot perfecto elimina a su creador y adopta su vida. «Enamorado», de Félix Ares de Blas, era una original historia repleta de sinestesia que intentaba emular la sensación de estar enamorado.

«Portal», de Sebastián Martínez, exponía un nuevo caso de relatividad cultural: una expedición terrestre encuentra una civilización tecnológicamente primitiva, pero que revela ser una sociedad avanzada de telépatas. «Tiempos idénticos», de Pere Soler, era un pesado ejercicio de escritura automática de influencia *New Wave*. «Recreo sobre la ciencia ficción», de Alfredo Cardona Peña, era un ¿relato, artículo? que iba a la zaga, un poema en prosa vacío de contenido. «El hombre de oro», de María Guera y Arturo Mengotti, empleaba el mito del gólem para ubicarlo en un futuro distópico, de una forma un tanto caótica y sin el brillo de sus otros cuentos.

En «Cuando no se piensa», de Agustín Cortés, un gris ciudadano traslada al presidente del país su protesta por la nociva influencia de la publicidad. «P.A.P. (pequeño Apocalipsis Personal)», de Luis Eduardo Aute, era un poema en prosa sobre los cuatro jinetes del apocalipsis. «El ocaso de la humanidad» de M. Blanco Belmonte (publicado en *Anticipación*), «El OVNI» de Jorge Campos y «Solo» de Ángel Rodríguez Metón (publicado en *Cuarta Fundación*) ya han sido comentados.

Además, artículos sobre la película *Barbarella* y la figura de Boris Karloff, por Alfonso Figueras. También se incluyó el primer ensayo crítico sobre la ciencia ficción autóctona: «Notas para una aproximación a la literatura y a los escritores de ciencia ficción en

España», de José Luis Martínez Montalbán, quien pensaba que los autores españoles aún no estaban a la altura de lo que se les debería exigir, debido a la juventud del género, la falta de cultura científica –cuando no abierto anti-cientificismo– o la indiferencia de la crítica intelectual. La conclusión era evidente: «*Exigir a nuestros autores obras cada vez de mayor calidad, solo de esta manera pueden competir con la producción masiva de otros países*» y citaba autores con obras, fortalezas y debilidades.

Por último, apareció el primer anuncio del C.L.A. y en la sección «Se Escribe» se recibieron cartas de José Antonio Villanueva, Pedro Tabernero y Luis Mayoral, luego socios del Club.